

Para mi viejo y fino amigo
el Sr. D. Cipriano C. Conde,
a nombre de los autores, revisores
y editores.

Se hace 3/909.

EDITADO

POR EL

LIC. ANTONIO MORENO Y OVIEDO.

PQ 7135

O2

V.3

Cien ejemplares privados, numerados.

Ejemplar núm. _____



LECTOR BENÉVOLO:

Si, de nuestro grupo laborante, es éste el primer ejemplar de acopio que á tus manos llega, dignate aceptarlo como una ofrenda de auto-presentación. Pero si eres de los que ya conocen nuestras anteriores colectas, habré de decirlo, anticipándome á tus censuras: sí; es cierto; en algunas manos el oro se torna cobre, y toma la virtud aspectos de vicio; que si la fe y la constancia son dinámias laudables, puede haber, en asuntos literarios, constancias parecidas al interminable croar de las ranas.

¿Nuestra constancia es de esas? Si temo que tu crítica lo asegure, espero que tu bondad lo tolere.

Lagos, enero de 1909.



MARÍA DOLORES AMADOR



DEUDA DE GRATITUD.

El salón se había llenado por completo. Hacía rato que la concurrencia se devolvía porque todos los asientos estaban ocupados. Gran número de escritores, hombres notables, elegantes caballeros y jóvenes estudiantes, formaban valla detrás de las sillas, á uno y otro lado de la entrada, cerca de las puertas. Las damas se abanicaban impacientes y cuchicheaban entre sí, preguntándose á qué hora comenzaría *el acto*. Los más respetables profesores del establecimiento, que formaban el jurado, bien arrellanados en sus sillones de terciopelo rojo, miraban desde la plataforma, cuyo estrado ocupaban, aquel público impaciente, ávido de escuchar su fallo y de aprobar con atronadores aplausos, ó reprobar con los medios acostumbrados en tales ocasiones.

Uno de los oposicionistas no se presentaba todavía: un estudiante apellidado Martínez. El otro, el Sr. Lic. Heredia, se encontraba presente desde mucho antes de la hora señalada. En su aspecto indiferente y apacible,

en sus miradas tranquilas, en su frente espaciosa y lisa, se conocía que estaba seguro de alcanzar el triunfo, de salir vencedor en la oposición con su desconocido contrincante.

Y tenía razón. ¿Quién era el que se había atrevido á oponerse á él? Un joven de pocos años, estudiante aprovechado, es verdad, muy inteligente, según decían, que no había logrado concluir su carrera de leyes por falta de recursos; que empleaba el día en ganarse un pobre sueldo como escribiente en una oficina, para mantener á su madre viuda y á sus hermanos, y que dedicaba las horas de la noche á continuar sus interrumpidos estudios, con la esperanza de recibirse algún día. Esto era muy poco.

Vagamente había escuchado estas versiones, sin fijarse en ellas, sin darles importancia, ó al menos sin querer dárselas. Muy al contrario; al saber casualmente el origen de su rival, trató de acallar, con todos sus esfuerzos, ciertos recuerdos de su juventud, que yacían dormidos en su revuelta memoria, y que ahora habían surgido de repente vivos y molestos ante tal revelación.

Porque no cabía duda: ese joven que se atrevía á ponerse frente á él, era hijo de aquel antiguo abogado conservador, que lo había protegido en su carrera de estudiante.

En vano trataba de desechar estos recuerdos importunos, que se aferraban tenazmente á su imaginación y lo perseguían con molesta insistencia, desde que se había decidido á aquel acto. Ahora mismo veía con toda claridad eso que hubiera querido borrar de su memoria á costa de cualquiera cosa. Pero era imposible. Como en una pantalla de cinematógrafo veía reproducirse ante su vista aquellos hechos de su primera juventud. Él era un pobre diablo, de familia oscura y sin porvenir, que

á fuerza de estudiar se había distinguido en el Seminario y presentado siempre *acto público*. Con eso, se creó cierta fama de muchacho listo y de provecho, con que se atrajo las simpatías de *aquel* honorable abogado, padre de su actual émulo, quien con noble desinterés le ofreció su protección y se la prestó valiosa mientras él necesitó de ella. Cada mes iba á casa de su protector por su pensión, donde lo encontraba siempre cariñoso y amable, rodeado de su familia, consagrado por entero á su trabajo y á labrar la felicidad de ésta. Cuando aquél no estaba en casa, su esposa lo recibía bondadosamente, y con delicadeza exquisita le entregaba su mesada y se informaba por el éxito de sus afanes, alentándolo con bondadosas palabras á que no desmayara en sus estudios y trabajos. Por fin, terminó su carrera, obtuvo el anhelado título y emigró á otro Estado en busca de empleo lucrativo, creyendo así adquirir luego fama, honores y dinero. Allá supo que su bienhechor había caído á los golpes de los odios de partido: que sorprendido por los *chinacos* había muerto indefenso, acribillado por las balas fratricidas. Entonces pensó escribir á la viuda y ofrecerle su protección; pero . . . sería necesario que ésta fuera relativa al beneficio recibido y él . . . no podría prestársela así: se había casado, tenía familia, y necesitaba sostener la posición que comenzaba á crearse.

Por fin, volvió, después de algunos años, lleno de buenos propósitos, resuelto á pagar de cualquier manera aquella deuda; pero pronto naufragaron aquéllos envueltos en las luchas políticas y en el afán por llegar á los puestos encumbrados. Y estando en ellos . . . el ruido de la adulación, la agitación que produce la vida pública, habían apagado casi tales deseos. Algunas veces habían llegado á sus oídos tristes relatos acerca de

la familia de su protector: miserias soportadas, con entereza y noble resignación, por la viuda; humillaciones recibidas de los ricos que antes alternaban con ella; hambres y desnudeces, más amargas por lo ocultas y silenciosas, que sufrían sus hijos

Él desechaba entonces como importunos los remordimientos que nacían en su corazón. ¿Qué iba á hacer para remediar esa miseria? El dinero pasaba nada más por sus manos á las de sus innumerables acreedores: la casa elegante, el carruaje, los banquetes, absorbían el suyo y el ajeno. ¡No podía hacer nada! Y así habían pasado los años.

De pronto interrumpió sus meditaciones un murmullo que se extendió por el salón: levantó la cabeza y vió que su competidor, el joven desconocido, acababa de entrar. Todo el mundo fijaba en él sus miradas. Con la levita negra abotonada, de melancólicos ojos garzos, pálido y nervioso, alto y esbelto, un joven como de veinticinco años avanzó por entre las sillas que formaban calle para llegar á la plataforma del Jurado. Luego que tomó asiento, dirigió con insistencia sus miradas á las filas últimas, como buscando á alguien. El abogado siguió también la misma dirección y encontró á quien iban dirigidas: en los últimos asientos, inmediata á la pared, oculta casi, acababa de enderezarse una señora enlutada, de noble fisonomía y de venerable cabeza gris. Llevaba gafas ahumadas, pero á pesar de esto y del gran cambio verificado en su aspecto, la reconoció: era la viuda de su protector. Hondas arrugas surcaban su rostro, antes tan bello, y lo desfiguraban, marcando en él las luchas sufridas y las huellas de la desgracia.

El corazón le latió bruscamente. ¿Qué iba á ser de aquel joven cuando se viera derrotado?

¿Arrancaría la última salvadora esperanza de aquella

alma de madre, torturada por el dolor? ¿La dejaría que siguiera atravesando su penosísimo Calvario y que acabara sus días regados siempre por las lágrimas del infortunio?

¡Pero él! ya no estaba en situación de ceder nada; su posición no era brillante como en otro tiempo; su época iba pasando, ó había pasado, como todo en este mundo; la generación nueva se le imponía con su audacia; el Gobierno había cambiado, y ahora él se sostenía difícilmente. Por eso se había opuesto á esa cátedra, que le produciría cien pesos seguros y le proporcionaría una gran ayuda para sostener á su familia con cierto lujo todavía

¡Si desistiera de la oposición en favor de aquella familia, á quien debía lo que era pero no! necesitaba tanto de aquel dinero!

El Presidente alargó la mano y oprimió el timbre: el huérfano tomó el expediente que le alargaban de la mesa del Jurado, y subió á la tribuna; con temblorosa mano se limpió el sudor que brotaba de su frente y dirigió una última y conmovedora mirada á su madre; después leyó, leyó con voz entrecortada por una emoción íntima, su tesis, depositada con anticipación en la Secretaría para ser refutada después, y quizá condenada ya en ese momento. El corazón le saltaba queriendo ahogarlo estaba arrepentido de su audacia: aunque confiaba en sus esfuerzos, era indudable que su adversario tenía ganada la causa de antemano.

Con voz casi apagada concluyó de leer y bajó tambaleándose á su asiento: no era él para esas lides; su carácter apocado y su poco valer le impedirían siempre subir adonde tantas nulidades llegan arrastrándose. Sólo el ardiente amor por su madre y el deseo de aliviarle sus penas lo habían decidido á la oposición. Con

aquel sueldo podría sostenerla y dedicar su tiempo á conseguir el anhelado examen final.

En los ámbitos del salón resonaron mil aplausos, frases de simpatía y deseos formulados por su victoria; pero unos á otros se comunicaban los concurrentes su certeza y aun la seguridad de la derrota. Era un fruto soberbio, pero no estaba maduro aún.

El abogado no se movía de su asiento; parecía no escuchar nada. Por fin, con paso seguro se dirigió á la tribuna, ¡era natural! subió y desde su altura volvió la vista á la viuda y á su joven hijo. Aquélla lo miró también de un modo indefinible y se cubrió la cara con las manos. El presunto vencedor abrió su manuscrito, lo sostuvo con la mano derecha, se apoyó con la izquierda, tosió, y con voz fuerte, clara y pausada, dijo:

—Respetable Jurado, señores: mi émulo, digno de vencer por mil títulos, ha demostrado en su brillante discurso las aptitudes necesarias para desempeñar la clase que me disputa. Me inclino ante su talento, desisto de la oposición y ruego á los honorables miembros del Jurado le concedan la propiedad de ella. Es joven y sin experiencia, pero ésta la adquieren pronto los sensatos.

Mil *hurras* resonaron atronadores en el salón, mientras el abogado viejo, abriéndose paso por entre los que se apresuraban á felicitarlo, se dirigió hacia la viuda, y con voz entrecortada y estrechándole la mano, balbuceó:—¡Señora, es el pago de una deuda atrasada!

Lagos, octubre de 1907.

MARIANO AZUELA



AVICHUELOS NEGROS.

«... El espíritu de esos salvadores
«era todo huecos; pero en cada hueco
«habían puesto su locura, su su-
«plefaltas, á que llamaron Dios.»

NIETZCHE.

Son las siete, la calle está llena de sol, llena de gorjeos que vienen del parque cercano, llena de las brisas de la alameda, del ruido estridente de los carros modernos, del pesado trastear de las carretas, de los desafinamientos burdos de los vendedores ambulantes. Al trote, discurre ligero un atajo, los aparejos no llevan más que la costalera vacía, y tras la recua va otra recua, tras el carro otro carro, todos siguen las afueras de la ciudad, unos en derechura de la estación del ferrocarril, otros toman las polvorientas carreteras, y todos dejan el caserío que se queda muy alegre, bañándose en el tibio sol que todo lo ilumina y todo lo embellece. Un lechero retrasado pasa al ansioso galopar de famélico matalote, la espuma se escapa de entre los tapones mal ajustados á las bocas de los cántaros. Transitan en vaivén alegre y decididos las comadres, unas en

derechura del mercado, otras de retorno con vasijas de leche, canastos de verduras, trozos de carne.

Las comadres están muy alegres porque hay novedades en la barriada: —que ya tenemos vecinos nuevos, y que si serán de México ó vendrán del Norte, que ella es muy guapa y él trae cara de enfermo, barba muy crecida y paliducha faz. Unos dicen que son recién casados, otros que por las trazas son huidos, y que á poco él se la robó, y que sabe Dios qué pájaros serán los tales. Una vieja desdentada, de mirar estúpido, afirma que para ella deben de ser nada menos que los espantos que tanta guerra han dado en el vecindario desde que las mujeres malas dejaron la casita que ahora ocupan los recién llegados. Replica una chiquilla, con más malicia en los ojos que años en el cuerpo, que ella se ríe de los espantos, que ha sido curiosa y se ha asomado por las noches, cuando más jácara meten, y que les ha visto las medias á las aparecidas y buenos bigotes á los espantos, y que saben destapar cervezas y gastan perfumes tales que dan gana de ser del otro mundo. Las viejas se escandalizan de tanto atrevimiento y sabiduría y acaban jurando y perjurando que lo que es eso de los espantos los hay y muy que los hay, que lo malo es creer en ellos.

En esas están, cuando se allega al grupo una cincuentona gangorosa de carcomida nariz y más arrugas en el rostro de las que en toda ley le corresponden, y mete las narices y cuenta lo que sabe —que es la que más puede saber como presidenta que es de la «Sociedad de Arrepentidas,» bajo cuya vigilancia corre la misión de hurgar vidas ajenas, componer *estados* mal avenidos, hacer en orden lo que anda fuera de la Ley de Dios.— Y cuenta que, de los advenedizos, tiene ya el santo y la seña. Y mire usted si es decir poco, que han

llegado anoche en el tren de las nueve y son apenas las siete de la mañana. Pues bien, ella, la jovencita, es un bocado de rey —la presidenta entiende lo que habla,— él, un pobre enfermo que, con el frío del camino y la madrugada, está peor que como venía. Y lo más bueno, que no están casados, y que ella, la presidenta de la «Sociedad de Arrepentidas,» va al curato á arreglar, lo más pronto posible, ese mal *estado*. Ya vendrán damas piadosas y castos varones á ayudarla á volver al aprisco á las descarriadas ovejas.

La muchacha de los ojos maliciosos se ríe sonoramente y, á propósito, señala con el dedo una pareja de borrachines que vienen dando el espectáculo de su amor bendecido, cayendo y levantando en plena calle y bajo un sol que todo lo inunda de alegría.

Enfurécese la digna presidenta, echa chispas por los ojos. ¡Vamos! si ella tendría la culpa de que esos desvergonzados sigan en las suyas. Harto ha hecho con quitarlos de su vida de mancebía, así fuera él un ladronzuelo más listo que Caco y ella capaz de sacarle los colores á la propia Mesalina.

—Pues que siga haciendo *estados* —dice la chiquilla levantando su canasto y siguiendo camino de su casa, mientras la presidenta, mujer de mucha ciencia, pronostica que esa picaruela acabará muy mal.—

*
* *

Arrebujado en grueso mantón de lana, él tosía sin descanso. Tenía ya los ojos como una brasa y sus miembros caían con desaliento. Ella, en un rincón del

cuartucho, soplabá á dos carrillos las mortecinas luces del fogón.

Contraste cruel y doloroso. Él, pálido, con la palidez de la muerte que está en ansiosa espera, ella apenas con un suave cerco desvanecido bajo unos bellos y negrísimos ojos y apagándose en sus carrillos arrebolados y lozanos. Él rindiendo el alma, ya vencido en plena virilidad por la garra traicionera, ella aceptando con resignación heroica su destino.

Un día, arrebatado por la desesperación, en una última protesta contra la infamia de morir cuando apenas empezaba á paladear su pequeñísima parte de dicha en el mundo, él quiere abandonar su terruño en busca de benéfico clima que le brinde siquiera lo que los médicos le han negado: la esperanza. Ella finge grande alegría: Sí, se marcharían en seguida, luego, cuando él lo quisiera. ¡Claro! si eso era en verdad lo único que curaba á los enfermos del pulmón: un buen clima, un aire rico. Ahora sí que iba á sanar. Y le encendió otra vez la esperanza, y juntaron sus ahorros para venirse á Rincón Grande, famoso por la salubridad de su suelo y la pureza de su ambiente.

La fatiga de tres días de ferrocarril, de una noche pasada en campo raso en espera de un tren de conexión, el traqueteo furioso que le destrozó los huesos, todo hizo que su primera noche en Rincón Grande fuera una noche de tortura. Si él había tosido sin cesar, ella no había cerrado los párpados un solo instante. Ora calentándole agua, ora cambiándole almohada, y que removiéndolo para este lado y para el otro, la noche fué una fatiga incesante.

Cuando llegó el día y el sol penetró al cuarto del enfermo, éste entró en silencioso sopor. En sus oídos volvió á zumbár el ruido de sus arterias empobrecidas

y oyó las máquinas malditas que había dejado á docientas leguas de distancia. Allí estaban otra vez los crujientes aceros y los operarios envueltos en una nube de polvillo de algodón. ¡Oh, el polvillo de algodón!, el polvillo que se mete á la fuerza á las narices, que reseca la garganta. . . . ¡Qué sed! . . . ese polvillo lo ahoga; que se paren las máquinas, que el maquinista cierre el vapor. . . . No, no se puede, ahí va un señor colorado, muy gordo y muy contento; ese señor lleva mucho gusto porque el aire está lleno de polvillo de algodón, á ese señor sonrosadote y gordo no le hace daño el polvillo de algodón, al contrario, con él ha engordado. Miralo qué carialegre, qué risueño nos saluda. . . . Y mi vecino está tosiendo mucho; desde que empezó á toser y que escupió una gota de sangre, no deja de toser. ¡Pobre! cómo ha enflaquecido. Que no siga, pues, en la fábrica, que se venga para acá. . . . ¡Por vida del demonio! ¿qué tiene ese maquinista que no cierra el vapor? Las máquinas están destrozando los oídos de este pobre hombre que tose sin cesar. Que suspendan las máquinas, que dejen apagar el polvillo de algodón que le reseca los labios. ¡Por Dios, María, hija, un poquito de agua para este muchacho! . . . ¿lo ves? ¡qué tristeza! ¿verdad? Ayer tan bueno, tan alegre, tan agradable. . . . pero ya escupió sangre. ¡Qué sangre tan descolorida! . . . Y desde ese día ha enflaquecido, que no se le conoce ya. Y mira que apenas han transcurrido dos meses. Dile que en Rincón Grande se curan los tísicos. Vámonos á Rincón Grande, María. . . . Estos médicos. . . . ¡brutos de médicos! . . . qué caras de idiotas las de estos médicos, Vámonos, María, que ese hombre tiene mucha tos. Pobre, dale un poquito de agua, María, dásela muy fría. . . . Los médicos tienen cara de imbéciles. . . . Oh, y ese ruido que no se acaba

y este polvillo de algodón. No, yo no quiero los auxilios de su sociedad; usted es un pillo como aquel señor gordo, sí, á usted también le engorda este polvillo penetrante de algodón. ¡Por Dios, María, una gota de agua siquiera! pero fría, helada. . . . No te creas de lo que te está aconsejando ese imbécil es un médico. Vámonos á Rincón Grande, ahí te curarás de esa tisis, amigo, ahí recuperarás tu salud y tu amante te dará hijos El señor que está en frente te engaña. . . . no te creas de las sociedades de socorros mutuos. Todos son unos bribones al igual de ese señor gordo que sonríe, porque á él no le hace daño el polvillo de algodón. Agua, María. . . . el socialismo? no le hagas caso, lo que pretende es asaltarte el bolsillo; mentira todo lo que te cuenta; el día que no puedas enterar la cuota, te exigirá tantas cosas, y que el certificado médico, y que ha de ser el de éste y no el del otro, y que tendrás que curarte con el de aquí y no con el de más allá. Y mientras tanto, ese polvillo de algodón te sigue envenenando, porque en el polvillo va la enfermedad. . . . María, quiero agua, que me ahogo. Que dejen ya de zumbar esas maldecidas máquinas. ¡Por Dios, que el pecho de este hombre está desgarrándose con el polvo de algodón y sus oídos con ese chirriar furioso! ¿Quién es esa mujer, María? No, que se vaya, yo no quiero. . . . María, agua caliente. . . . esta tos. . . .

El delirio se interrumpe un instante. Hacen irrupción negros fantasmas dentro del cuartito. Él levanta la cabeza, abre los ojos muy grandes y pregunta:

—María, quiénes son estas gentes? qué buscan aquí? En dónde estás, María?

La muchacha, que ha sabido esconder sus lágrimas, se aproxima tímidamente al enfermo, y, con el pecho desgarrado por los sollozos, balbucea palabras que él

no comprende. Que la iglesia, y que Dios, y que un sacerdote; y él abre aún más los ojos.

—Qué tienes, María? Qué te han hecho estas gentes que así se han metido á nuestra casa? ¿Quiénes son, María? llama un gendarme. . . . Ah! ya sé. . . . ja. . . . ja. . . . ja. . . . ja. Mírales esa cara de idiotas. No, no los quiero, que se vayan. . . . son médicos. . . . ja. . . . ja. . . . ja. María, el gendarme. . . .

Un vértigo doblega su faz acerada, y su cabeza se desploma.

La muchacha grita, protesta. No, eso no, hará todo lo que le digan, todo lo que quieran; pero abandonarlo nunca! Si eso es imposible. Y se retuerce con angustia.

Pero esas damas dicen que sí, que es indispensable, que por culpa de ella el hombre se irá al infierno. Y seguro que esas damas tienen razón, porque esas damas visten ricamente, huelen bien. Seguro que tienen razón. Y ella derrama su mirada buscando auxilio. Nada, nadie que se lo ofrezca. Las enlutadas, bien aromosas, le dicen que sólo será por un día, que á la mañana siguiente vendrá el señor cura, los casará y ya ella podrá volver.

—Yo la recojo á usted en mi casa —dice la vieja gan-gorosa de carcomida nariz.—

Lo dejará, pues, ¡Dios mío!, lo dejará! Y parte deshaciéndose en lágrimas. Ya no podrá ofrecer sus blandas espaldas para que él tenga un poquillo de descanso. Oh! dejarlo solo, abandonado. No, ¡por Dios! eso no. Enloquecida, retorna y corre de nuevo hacia el lecho de su amante. Pero ahí la detiene la digna presidenta de la «Sociedad de Arrepentidas,» y tiene que resignarse y salir otra vez.

Á las damas bien olientes les ha chocado tanto ridícu-

lo aspaviento de *esa mujer*. Cuchichean á la puerta; el mancebito de la sotana se despide radiante, la parvada de negros avichuelos se desbanda. La una dice que no podrá velar al enfermo, porque ni sola ni acompañada se lo permitirán en casa; la otra tiene que ir á la hora santa; á la de acá le toca la vela perpetua, y la de más allá jura y perjura que se moriría de espanto: les tiene un miedo á los muertos! . . . Pero al cabo ya el hombre está absuelto y ahí se queda la presidenta á vigilar que, *la mujer*, no se meta á la casa.

*
* *

La luna marca una franja pálida sobre un pretil interior. La presidenta, que estaba en un rincón, cabecea que cabecea, se ha despertado y de puntillas se aproxima al enfermo. La respiración es lenta, pausada. «Está bien, se dice, juraría que la Extremaunción ha hecho este milagro. Eso es muy natural. Pasará buena noche. Hace hoy tanto sueño, que bien se puede excusar la desvelada para caso de verdadera necesidad.» Y replegada á la pared se escabulle escurridita para que no la vea alguna chismorrienta vecina.

Los chicuelos dejan de jugar en la calle, los perros no ladran más, una por una todas las puertas se han cerrado. Pesa un silencio abrumador.

El enfermo se incorpora de repente; con la mirada vaga, con las manos inciertas busca algo que no encuentra. ¿Por qué huele tanto á violetas? ¿por qué se despierta de nuevo ese horrible olor á trementina que le dieron los médicos? . . . Ah!, no, si eso no es olor de trementina, si son hermosísimos prados cuajados de

violetas. María? hija? . . . te has dormido? Si, duermeme, querida mía, que estoy ya bueno y sano. Mira qué hermoso campo de violetas; voy á cortar un manojo para ti. ¡Pobrecita mía! María, dame mi ropa; que sí, que es cierto. . . . te digo que ya no tengo nada. Óyeme cómo respiro. Lo ves? estoy bueno ya. Anda, hija, no seas tonta, dame mi ropa . . . Pero, dime, por qué estás tan pálida, María? qué estás haciendo ahí arriba en ese pretil? Anda, bájate, ven, dame mi pantalón y mi blusa. Mira, ahí están los arados, y el mío en ese llano verde tan oloroso. Aquí nadie se enferma del pecho. Qué hermoso campo de violetas y qué largo y qué grande, grande. . . . Oye, María, cierra esa puerta. Hace mucho frío. . . . Oh, que no apagues la vela, te digo. . . . ¡qué negro! . . .

Una rata ha asomado su hociquito y sus ojos vivarachos, en tres saltos se llega al lecho, lame los pies, hincasus agudos dientecillos, y roe y roe toda la noche. Esa rata no sabe lo que significa la palabra sacrilegio. ¿Por qué esa rata no se habrá vestido de negro? ¿por qué no huele á zahumerio? ¿Por qué esa rata sólo ha roído los pies y no ha roído el corazón? . . . ¿Por qué, Dios mío? . . .

*
* *

La bandada negra ha penetrado por última vez al cuartucho, y su regocijo se ha turbado. La una lleva bouquet de flores, otra el zahumerio; ésta las albas cortinas, y gruesos velones de cera la de más allá. Pero al entrar, todas han torcido sus hociquitos compungidos. Que muchas gracias, que ya es después. . .

La más acongojada de las piadosas damas se aproxima á la digna presidenta de la «Sociedad de Arrepentidas,» y le pregunta, haciendo una mueca dolorida y ansiosa:

—Y *esa mujer?* *esa mujer* no ha entrado?

—Aquí la tengo —responde la vieja gangorosa, mostrando una llave,— aquí la tengo —repite con leve sonrisa y levantando la cabeza en triunfo.—

—¡Bendito sea Dios! —exclaman todas, llenas de consuelo.



JOSÉ BECERRA

DE MIS «POEMAS.»

Para el Lic. Antonio Moreno y
Oviedo, poeta dilecto y Mecenaz
de las letras laguenses,

Lagos de Moreno. 1909.



LA GRAN TRAGEDIA.

La influencia satánica impide á
Eva levantar su oración á Dios.

JUSTO SIERRA ("Cuentos Ro-
mánticos").

.....
Y la Serpiente, de bruñida escama,
desprendió de la rama,
con diente corvo, la funesta poma;
y alargándose á Eva,
«¡toma, la dijo, toma,
este es el fruto de los dioses; prueba!»

Dócil á su conciencia, que la grita,
con una voz cuanto doliente, extraña:
«¡La Serpiente te engaña,
huye, mujer, la tentación maldita!»;
quiso huir la mujer; mas la Serpiente,
con dulce halago suspiró: «¡Detente!»
«¡Nó!», dijo Eva, y la Serpiente: «Escucha!»,
«¡nó!», dijo Eva, y empezó la lucha.